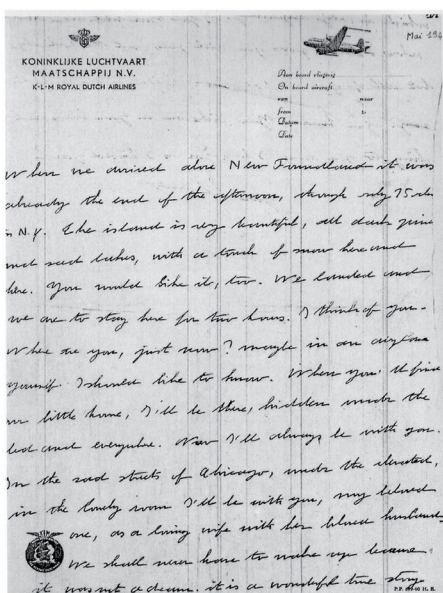


# carta de Simone a Algren

Viernes, 3 de diciembre de 1948



Facsímil Carta de mayo de 1947 y Fotografía de Nelson Algren, Chicago 1949.

Fuente: Simone de Beauvoir. *Cartas a Nelson Algren*. Lumen, Barcelona, 1999, p. 352

**Q**uerido, queridísimo Tu. Me alegro de haber recibido la carta de septiembre, y de que hayamos hablado a fondo de este asunto. En cierto modo, no puedo decir que tu última carta, tu carta larguísima, me haya hecho feliz. Desde luego, desde aquella noche en que lloré tanto, yo ya sabía que lo nuestro iba a terminar dentro de un tiempo relativamente corto, y que de alguna manera ya había muerto

algo entre nosotros, pero fue una gran sorpresa descubrir que podría terminar mañana mismo. No, eso no me hace feliz. No obstante, pienso que tienes toda la razón, y que todo lo que tú dices es de justicia. Imagino muy bien que necesitas una mujer propia, y seguro que te la mereces. Ella no debería descuidar su propio destino para tomarte por esposo. Tú serás un simpático destino para cualquier mujer, y yo misma habría elegido ese

destino de todo corazón, siempre que otras cosas no me hubieran hecho imposible esa elección. Sí, Nelson, lo entiendo. Lo único que querría ahora es no estar triste por tu fidelidad del año pasado, porque aquello tenía razón de ser. Durante todo un año, para mí ha sido importantísimo paladear un amor tan fiel, tan verdadero, tan cálido; me llegó a lo más profundo del corazón y te lo devolví con tanta felicidad que, si todavía me tienes algún cariño, no podrás arrepentirte. No puedes reprocharte el haberme dado tanto, ya que yo te estoy muy agradecida por ello. La vida es corta y es fría, sí, por eso mismo no deberías despreciar los sentimientos de veras cálidos e intensos. No hemos cometido ninguna insensatez al amarnos como nos amamos, al sacrificar otras cosas por ese amor, nos hemos hechos felices, muy felices el uno al otro al menos por un tiempo, y eso es mucho más de lo que suele tener la mayoría de gente, algo que yo nunca olvidaré, y espero que tú lo recuerdes de vez en cuando. Ahora, cariño, nuestra única esperanza es pasar al menos una larga temporada juntos, por ejemplo, ven tú a París entre abril y septiembre del año que viene. Espero que incluso cuando te hayas casado podamos seguir siendo amigos y no perdamos el contacto.

Hace frío, llueve: por suerte, cada vez salgo menos de casa, prácticamente no hago otra cosa que trabajar de la mañana a la noche. Hace dos días salí a ver a la mujer del alfiler, y me sentí hondamente conmovida: se está muriendo, tiene una enfermedad bastante misteriosa, los médicos no saben cómo curarla, es espantoso, una especie de cáncer sanguíneo, algo que devora sus

glóbulos rojos y que nadie sabe qué puede ser. La paciente está medio muerta, tan delgada y tan pálida, con la cara larga y tensa, una expresión extraviada en la mirada y la sonrisa. No sabe que se está muriendo, pero Guille, su marido, sí lo sabe. Dice que se habría quitado la vida el mismo de no ser por los niños (son tres, la mayor es una niña de siete años). Ve cómo su mujer se le va yendo lentamente y sin remedio, y ni siquiera es capaz de pensar con detenimiento en el entierro, en el funeral, en la muerte misma. Es como vivir con un cadáver parlante, ahora ya sólo desea que se muera cuanto antes, porque esa agonía es insufrible. Volveré la semana próxima, y cuando ella haya muerto a él lo veré a menudo, supongo que con Sartre, para ayudarlo en la medida de lo posible.

Adiós, Nelson. Parece increíble que tenga los brazos tan fríos cuando mi corazón está tan cálido. Sin embargo, sé que es verdad: los brazos lejanos son muy fríos al tacto. Confío en que encuentres ese calor (ya sabes cómo pueden ser unos cálidos brazos). ¡Ah, ahora seguro que te gustaría si me vieras! Me siento como aquél día en que rompiste el huevo, un poco desconcertada por dentro, y no arrogantemente feliz. Te sigo queriendo igual.

*Tu Simone*